

Hace pocos meses, muy cerca de los noventa años, dejó de existir este distinguido costarricense que supo dar siempre ejemplo de actividad inagotable y de entusiasmo sincero por la vida. Era de aquellos sensatos hijos de Costa Rica que, en todos los momentos de su preciosa existencia, se decían así mismos y aconsejaban a los demás: no hay que cerrarle la puerta a la esperanza, nunca debemos desconfiar de lo posible. Era, en lo íntimo, un optimista de verdad.

Cambiar impresiones con don Luis Jerónimo era un placer inefable, aún en aquellos instantes en los que una ráfaga de profunda inconformidad lo hacía vibrar.

Contaba de sus años mozos, de cuando, en la República adorada, no sucedían ciertas cosas que ahora pasan y que a nadie satisfacen. Oírlo relatar sucesos de otras épocas era, para sus amigos, un deleite. Evocaba paisajes, describía escenas, repetía diálogos con cierta delicadeza muy suya.

A veces, en sus palabras modeladoras, asomaba de pronto una sutil llama de malicia, muy suya, también.

El mismo día de su sentido tránsito, supe que había dejado escrita algunas novelas. El cariño que por él siempre sentí, me llevó a buscarlas. Eran de un doble interés Para mí: como estudioso del género de la descripción en Costa Rica y como amigo y admirador de quien las había ideado.

Leer su novela *Venganza y expiaciones*, oírlo a él, a la luz evocadora de una lámpara íntima, contando lo que supo, lo que vio, lo que habría querido que fuera la Costa Rica de sus hondos amores.

Es un relato fidedigno de las costumbres de la clase media costarricense que tiene sus orígenes, muy valiosos, en los rincones de nuestras casas solariegas, al amparo de la sencillez del campesino de corazón amplio y de mente ávida.

Su don Jacinto y su doña Sinforosa son dos tipos bien delineados que se apoderan de nuestras simpatías sin esfuerzo alguno. En cuántas familias costarricenses hemos encontrado parejas tan llenas de cualidades, como la que nos pinta don Luis Jerónimo.

A la sombra de ellos, una muchacha, Clemencia, que sabe cultivarse con esmero sin desprenderse, eso sí, de la innata modestia que caracteriza al pueblo costarricense.

El autor nos habla de la vida en un hogar que quiso recibir las influencias de la cultura verdadera. No es, aquella casa, sitio en el que campea el ridículo. Por el contrario, en todos los momentos, la naturalidad se evidencia en las palabras, en los gestos, en las acciones de la familia Matamoros.

Como si lo natural fuese de índole contagiosa. Bien puede decirse que, en la novela, todos los personajes se mueven dentro de los propios límites logrando, cada uno de ellos, ganarse la buena voluntad de quien los observa, de lejos o de cerca.

Aún el mismo Jaime Rosales, que alienta una infamia en contra de Clemencia, se convierte en persona digna de simpatía, al pasar de los meses, cuando sabemos que, de victimario que quiso ser, la vida, justiciera siempre, lo ha convertido en dolorosa víctima de sus propias malas pasiones.

Tal es la magia de este escritor cuyas capacidades evocadoras de conciencias y de paisajes no conocimos sino hasta después de su muerte. Solo ese detalle bastaría para concederle un puesto de valor en el desfile de novelistas costarricenses.

¿Su estilo? Escribe como habla; es decir, sin buscar ni rebuscar palabras, sin evitar repeticiones. Lo que desea decir, lo declara como si estuviera en una reunión de amigos, en el día de su cumpleaños, recordando uno y otro episodio de cuantos en la vida pudo presenciar, cuando no intervenir en ellos.

¡Y precisamente me ha tocado el privilegio de leer los originales de esta simpática novela suya, en los que aparecen, aquí y allá, correcciones de su ya temblorosa mano, en la noche del treinta y uno de setiembre, día en el que había de cumplir los noventa años!